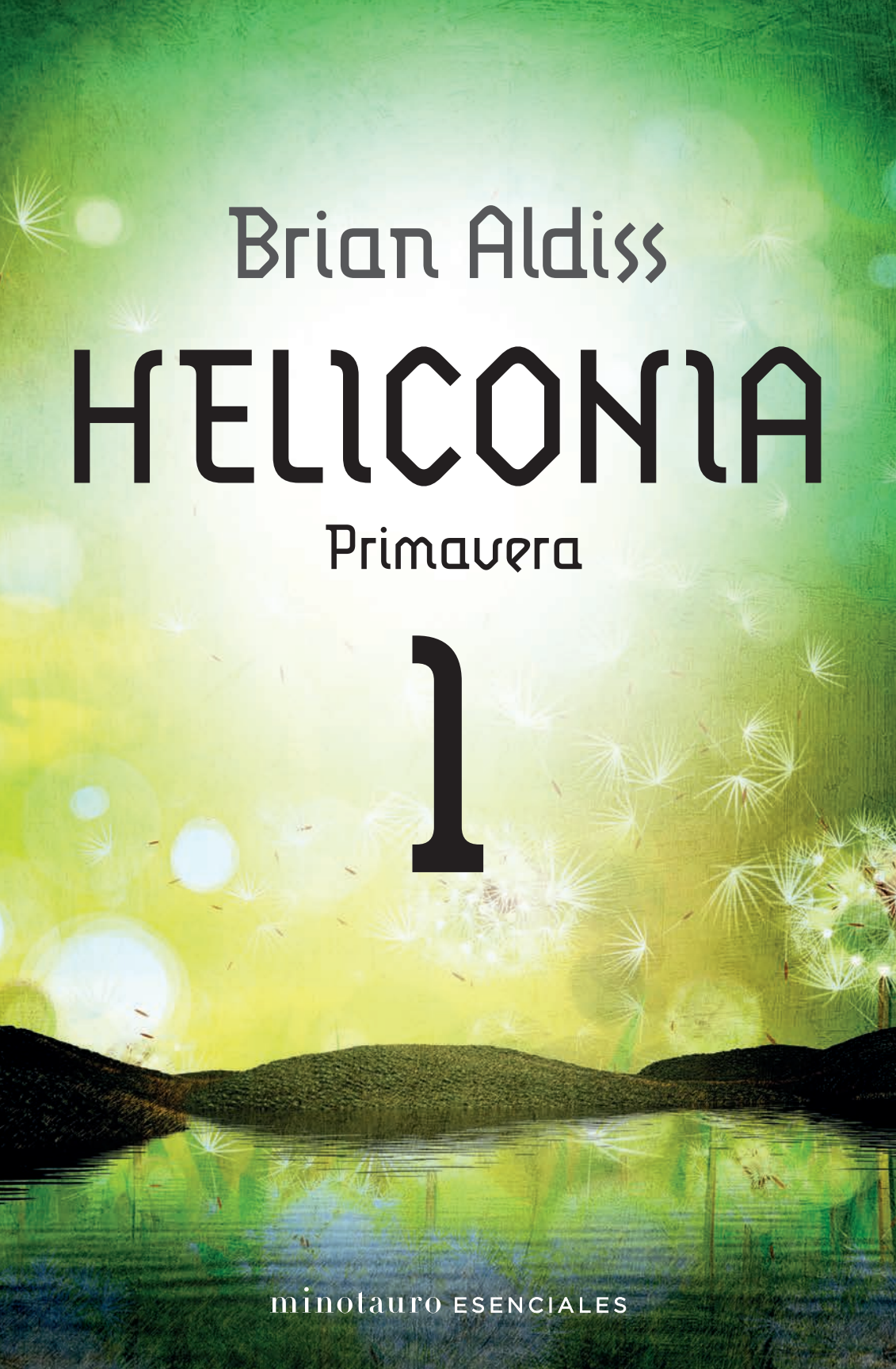




Brian Aldiss

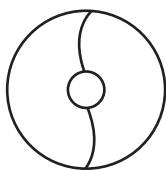
HELICONIA

Primavera

1

minotauro ESENCIALES

Η Σ Λ Ι C Θ Π Ι Δ
Ρ Ρ Ι Μ Δ V Σ Ρ Δ



Β Ρ Ι Δ Π Δ Λ Δ Ι Σ Σ

minotauro ESENCIALES

Heliconia: primavera

Título original: *Heliconia Spring*

Copyright © Brian W. Aldiss, 1982

© Traducción de Carlos Peralta y Manuel Figueroa

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Imagen y diseño de cubierta: Cover Kitchen

Revisión: OrmoBook

ISBN: 978-84-450-1696-1

Depósito legal: B. 2.214-2024

Impreso en UE / *Printed in EU*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

Así fue como Yuli, hijo de Aleháv, llegó a un lugar denominado Oldorando, donde sus descendientes medrarían en los días mejores por venir.

Yuli, virtualmente un adulto, tenía siete años cuando se agazapaba junto a su padre bajo una tienda de piel y miraba allá abajo la aridez de unas tierras conocidas ya entonces como Campannat. Había despertado de un ligero sueño con el codo del padre en las costillas y la voz áspera diciendo: —Se acaba la tormenta.

El vendaval había soplado desde el oeste durante tres días, trayendo nieve y partículas de hielo de las Barreras. Llenaba el mundo de aullante energía; lo transformaba en una oscuridad grisácea, como un vozarrón que ningún hombre podía resistir. El saliente en que habían instalado la tienda apenas la protegía contra lo peor de la tormenta; padre e hijo solo podían quedarse donde estaban, bajo la piel, dormitando, masticando de vez en cuando un trozo de pescado ahumado, mientras la tormenta golpeaba alejándose por encima de ellos.

Cuando el viento cesó, la nieve llegó en rachas, retorciéndose en torbellinos plumosos que se estremecían sobre el paisaje gris. Aunque Freyr estaba alto en el cielo —pues los cazadores se encontraban en el trópico— parecía colgar como un sol congelado. Arriba las luces ondulaban en sucesivos chales de oro cuyos flecos parecían tocar el suelo y cuyos pliegues se alzaban hasta desvanecerse en el cenit plomizo. Las luces eran débiles y no daban ningún calor.

Tanto el padre como el hijo se irguieron instintivamente, se desperezaron y patearon el suelo con fuerza y agitaron violentamente los brazos contra los macizos toneles de los cuerpos. Ninguno habló. No había nada que decir. La tempestad había amainado. Aún tenían que esperar. Pronto, lo sabían, los yelks estarían allí. No tendrían que vigilar mucho tiempo.

Aunque el suelo estaba roto, el hielo y la nieve cubrían todos los accidentes. Detrás de los dos hombres había terrenos más altos, también cubiertos por la alfombra blanca. Solo en el norte había una fea oscuridad grisácea, allí donde el cielo bajaba como un brazo lastimado para encontrarse con el mar. Sin embargo, los ojos de los hombres estaban continuamente fijos en el este. Después de un rato de darse palmadas y golpear el suelo con los pies, cuando en el aire de alrededor flotó el nebuloso vapor del aliento de ambos, volvieron a esperar acomodándose bajo las pieles.

Alehaw apoyó en la roca el codo velludo, y hundió el pulgar en el hueco de la mejilla izquierda, sosteniendo el peso del cráneo sobre el hueso zigomático y cubriéndose los ojos con cuatro dedos enguantados en pelo crespo.

El hijo esperaba con menos paciencia. Se revolvía debajo de las pieles cosidas entre sí. Ni él ni su padre eran novatos

en este tipo de cacería. Cazar osos en las Barreras era parte de la vida cotidiana, como antes lo había sido para los padres de ellos. Pero el frío que venía de las huracanadas bocas de las Barreras los había empujado, juntamente con la enferma Onesa, hacia las temperaturas más suaves de las llanuras. Yuli se sentía, pues, inquieto y excitado.

La madre enferma y la hermana, junto con la familia de la madre, se encontraban a algunas millas; los tíos se aventuraban esperanzados hasta el mar de hielo, llevando el trineo y las lanzas de marfil. Yuli se preguntaba cómo habrían capeado esa tempestad de días, si ahora estarían de banquete, cocinando pescado o trozos de carne de foca en la olla de bronce de la madre. Soñó el aroma de la carne en la boca, la áspera sensación mientras la grasa se le mezclaba con la saliva y él tragaba, el sabor... Algo le estalló en el vientre al pensarlo.

—Allí, mira. —El codo del padre le golpeó el bíceps.

Un alto frente nuboso, color de hierro, se elevó rápidamente en el cielo, oscureciendo a Freyr y derramando sombras sobre el paisaje. Todo era un borrón blanco e indefinido. Por debajo del farallón donde se encontraban, se extendía un gran río helado: el Vark, como había oído Yuli que lo llamaban. Estaba tan cubierto de nieve que nadie podía saber que era un río, si no caminaba sobre él. Hundidos hasta las rodillas en la escarcha, habían oído debajo un suave rumor. Alehaw se había detenido, introduciendo en el hielo el extremo afilado de la espada, y poniéndose el pomo en el oído, escuchando cómo el agua fluía oscura en algún lugar, más abajo. La costa opuesta del Vark estaba indicada vagamente por unos terraplenes, interrumpidos aquí y allá por marcas negras, con árboles caídos que la nieve cubría a medias. Más allá, solo la tediosa llanura continuaba

y continuaba hasta una línea distinta de color castaño, bajo los hosclos chales del remoto cielo oriental.

Entornando los ojos, Yuli miró la línea. Por supuesto, su padre tenía razón. Su padre lo sabía todo. Sintió que el orgullo le henchía el corazón al pensar que era Yuli, el hijo de Alehaw. Los yelks se acercaban.

Unos minutos más tarde aparecieron los animales de la primera línea, que avanzaban juntos en un frente amplio, precedidos por la ola que se levantaba cuando los cascos elegantes golpeaban la nieve. Avanzaban cabizbajos, y detrás venían más, y más, y más. A Yuli le pareció que los habían visto, a su padre y a él, y que se acercaban. Miró ansiosamente a Alehaw, que indicó cautela con un dedo.

—Espera.

Yuli tembló dentro de las pieles de oso. La comida se aproximaba, suficiente para alimentar a todas las criaturas y tribus a quienes Freyr y Batalix hubieran iluminado —o Wutra hubiera sonreído— alguna vez.

Cuando los animales estuvieron más cerca, aproximándose firmemente a paso de hombre con prisa, trató de imaginar qué enorme era el rebaño. La mitad del paisaje estaba cubierta de animales en marcha, de pieles blancas y tostadas, mientras las bestias continuaban asomando en el horizonte oriental. ¿Quién sabía qué había allí, qué misterios, qué terrores? Sin embargo, nada podía ser peor que el frío lacerante de las Barreras, y esa gran boca roja que Yuli había vislumbrado una vez entre las fugaces nubes desgarradas, eructando lava sobre la ladera humeante...

Ahora era posible ver que aquella masa viviente de animales no era solo un rebaño de yelks. En medio de ellos había unas bestias de mayor tamaño, que se erguían como

rocas de cima redonda en una llanura móvil. El animal mayor parecía un yelk: el mismo cráneo largo con elegantes cuernos protectores, enroscados a cada lado, la misma greñuda crin sobre la piel gruesa y apelmazada, la misma giba en el lomo, cerca de la grupa. Pero se alzaban con una estatura una vez y media mayor que los yelks de alrededor. Eran los gigantescos biyelks, seres formidables capaces de llevar sobre el lomo a dos hombres a la vez, como le había dicho a Yuli uno de sus tíos.

Un tercer animal los acompañaba. Eran los gunnadus; y Yuli les veía los cuellos que se alzaban en todas partes a los lados del rebaño. Mientras la masa de yelks se adelantaba con indiferencia, los gunnadus corrían excitados de aquí para allá, sacudiendo las pequeñas cabezas en el extremo de los largos cuellos. La característica más notable, un par de orejas enormes, se volvía hacia uno y otro lado, atendiendo a inesperadas alarmas. Era el primer animal bípedo que veía Yuli, dos enormes patas como pistones que impulsaban un cuerpo cubierto de pelo largo. El gunnadu era dos veces más rápido que el yelk o el biyelk; sin embargo, cada animal mantenía su puesto dentro del rebaño.

Un trueno sordo, pesado y continuo señalaba la aproximación del rebaño. Desde donde estaban Yuli y el padre solo era posible distinguir las tres especies si se sabía adónde mirar. Se fundían unas con otras bajo la melancólica luz veteada. El negro frente nuboso había avanzado más rápidamente que el rebaño, y ahora cubría por completo a Batalix: el bravo centinela no reaparecería durante varios días. Una arrugada alfombra de animales se extendía por el paisaje, y los movimientos de los individuos no eran más visibles que las distintas corrientes de un río turbulento.

Una niebla cubría el rebaño, haciéndolo aún más indistinto. Era una niebla de calor, sudor, y pequeños insectos alados y voraces que solo podían procrear al calor de los cuerpos de cascos nudosos.

Respirando más rápido, Yuli miró de nuevo: oh, las criaturas que iban delante estaban ya ante las costas del helado Vark. Se acercaban más y más; el mundo era un solo animal multitudinario e ineludible. Volvió la cabeza y echó a su padre una mirada inquisitiva. Alehaw advirtió el movimiento, pero continuó mirando al frente con los dientes apretados, entornando los ojos bajo las acusadas protuberancias de las cejas.

—Silencio —ordenó.

La marea viva alcanzó la ribera, fluyó por encima, se lanzó como una catarata al hielo escondido. Algunas criaturas, adultos torpes y pesados o jóvenes saltarines, tropezaron contra los troncos caídos, pateando furiosamente con las patas delgadas antes de ser atropellados por la presión del rebaño.

Ahora se podían distinguir animales aislados. Tenían las cabezas gachas. Los ojos, orlados de blanco, miraban fijamente. Unos hilos de saliva verde y espesa colgaban de muchas bocas. El frío helaba el vapor de los ollares, esparciendo partículas de hielo sobre la piel del cráneo. La mayoría de las bestias se movía penosamente, con la piel cubierta de barro, sangre, excrementos, o colgando en tiras allí donde la habían desgarrado los cuernos de algún animal vecino.

Los biyelks en particular, rodeados por las criaturas más pequeñas, alzando los enormes hombros de gruesa piel gris, caminaban con una especie de parsimoniosa incomodidad;

revolvían los ojos cuando escuchaban los chillidos de los animales que caían, y comprendían que allá adelante los esperaba alguna especie de peligro amenazador, hacia el que era inevitable avanzar.

La masa de animales cruzaba el río helado, salpicando nieve. El ruido llegaba claramente a los dos observadores; no solo el rumor de los cascos sino también las respiraciones roncadas, y el continuo coro de gruñidos y resoplidos, el roce de los cuernos contra los cuernos, y el chasquido de las orejas que se sacudían para ahuyentar las moscas persistentes.

Tres biyelks pisaron a la vez el río helado. El hielo se rompió crujiendo como si chillara. Trozos de casi un metro de espesor afloraron a la superficie mientras los pesados animales caían hacia adelante. El pánico dominó a los yelks. Los que estaban sobre el hielo intentaron huir en todas direcciones. Muchos tropezaron y quedaron sepultados debajo de los demás. La grieta se alargó. El agua gris y embravecida se elevó en el aire. El río, rápido y frío, fluía, chocaba y se deshacía en espumas, como feliz de sentirse libre, y las bestias caían en él mugiendo, con las bocas abiertas.

Nada podía detener a los animales. Eran una fuerza natural, como el río mismo. Continuaban avanzando, borrando del todo a los compañeros que caían, cerrando las filosas heridas abiertas en el Vark, tendiendo un puente de cuerpos amontonados, hasta alcanzar la orilla más próxima.

Yuli se puso de rodillas y alzó la lanza de marfil, con los ojos brillantes. El padre lo retuvo tomándolo por el brazo.

—Mira, tonto: phagors —dijo, echando a Yuli una mirada colérica y desdeñosa, mientras señalaba el peligro con la lanza.

Yuli volvió a acomodarse en el suelo, agitado, tan asustado por la cólera del padre como por la idea de los phagors.

El rebaño de yelks se apretujaba contra la saliente rocosa bramando a ambos lados. La nube de moscas y bichos, con aguijones que zumbaban encima de los animales, rodeaba ahora a Yuli y Alehaw. Y Yuli miró a través de este velo, intentando ver a los phagors. Al principio no vio a ninguno.

Nada podía distinguirse sino la avalancha de seres vivos desgredados, movidos por una compulsión que ningún hombre era capaz de comprender. Cubrían el río helado, las costas, el mundo gris hasta el remoto horizonte donde se ocultaba bajo las nubes pardas como una manta debajo de una almohada. Había cientos de miles de animales, y los mosquitos se cernían sobre ellos en una continua exhalación oscura.

Alehaw retuvo a su hijo contra el suelo y le indicó con una ceja peluda un lugar a la izquierda. Ocultándose detrás de la piel que les servía de vivaque, Yuli miró. Dos gigantes biyelks se movían hacia ellos. Los anchos hombros cubiertos de piel blanca estaban casi a la altura del saliente. Cuando Yuli apartó los mosquitos que tenía ante los ojos, la piel blanca se resolvió en phagors. Eran cuatro, dos en cada biyelk, aferrados a las crines de las monturas.

Se preguntó cómo no los había visto antes. Aunque se confundían con las gigantescas monturas, mostraban la arrogancia de toda criatura que anda montada entre otras a pie. Se apretaban sobre los hombros de los biyelks, con las fantásticas cabezas vueltas hacia el terreno más alto, donde el rebaño se detendría a pastar. Los ojos les brillaban debajo de los cuernos curvados hacia arriba. De vez en cuando,

echaban un chorro de lecha blanca por la ranura de los poderosos ollares, para quitarse de encima los insectos molestos.

Las cabezas torpes giraban sobre los cuerpos macizos, cubiertos de arriba abajo de largos pelos blancos. Las criaturas eran enteramente blancas, excepto los ojos, de un rosado rojizo. Montaban como si fueran parte de los biyelks. Detrás de ellos, un rústico bolso de piel, con palos y armas, se bamboleaba de un lado a otro. Ahora que Yuli había advertido la naturaleza del peligro, vio otros phagors. Solo los privilegiados montaban. El individuo común iba a pie, a paso acompasado con el de los animales. Mientras miraba, tan tenso que ni siquiera se atrevía a apartar las moscas, Yuli vio un grupo de cuatro phagors que pasaban a pocos metros. No habría tenido dificultad en clavar la lanza entre los omóplatos del jefe, si Alehaw se lo hubiera ordenado.

Yuli examinó con particular interés los cuernos. Aunque parecían lisos a la luz escasa, eran de bordes afilados, por dentro y por fuera, desde la base hasta la punta.

Yuli deseaba tener uno de esos cuernos. Los cuernos de phagor eran utilizados como armas en las zonas más salvajes de las Barreras. Era por esos cuernos que los hombres educados de las ciudades distantes, al abrigo de la tempestad en sus guaridas, llamaban a los phagors la raza de dos filos.

El primer ser de dos filos avanzaba intrépidamente. Le faltaba la articulación de la rodilla y caminaba de un modo poco natural, mecánicamente; y así venía recorriendo millas y millas. La distancia no era un obstáculo.

El largo cráneo, profundamente enclavado entre los hombros, se inclinaba hacia adelante. En los brazos llevaba unas tiras de cuero que sostenían unos cuernos con puntas

de metal, para alejar a los animales que se acercaran demasiado. No tenía encima más armas; pero en el bulto que transportaba un yelk próximo había lanzas y un arpón. Algunos animales también cargaban equipaje de los phagors del grupo.

Detrás del jefe había otros dos machos —eso le pareció a Yuli— seguidos por una hembra phagor. Era de constitución más delicada y traía una especie de bolso sujeto a la cintura. Las ubres rosadas se balanceaban entre el largo pelaje blanco. Un niño phagor iba montado a hombros, incómodamente aferrado al cuello, y con la cabeza apoyada en la de la madre. Tenía los ojos cerrados. La hembra caminaba automáticamente, como deslumbrada. No se podía saber cuántos días había estado andando con los demás, o desde qué distancia.

Y había más phagors, en los flancos de la tropa. Los animales no reparaban en ellos: los aceptaban, como aceptaban a los insectos, porque no había alternativa.

El tamborileo de los cascos era punteado por la respiración fatigosa, las toses, el viento. Otro sonido se elevó. La lengua del phagor que encabezaba el grupo vibró emitiendo una especie de zumbido o gruñido, un áspero ruido de tono variable, quizás destinado a alentar a los tres que lo seguían. El ruido aterrorizó a Yuli. Luego se desvaneció, como los phagors mismos. Pasaron más animales, y también otros phagors, sin que ningún obstáculo los detuviera. Yuli y su padre se quedaron donde estaban, escupiendo insectos de vez en cuando, esperando el momento de atacar y conseguir la carne que tanto necesitaban.

Antes del ocaso, el viento se alzó otra vez, soplando como antes desde los helados picos de las Barreras, sobre los

rostros del ejército migratorio. Los phagors avanzaban con las cabezas bajas, los ojos entornados. Unos largos hilos de saliva les brotaban de las comisuras de los labios y se les congelaban sobre los hombros como se congela la grasa arrojada al hielo.

La atmósfera era de hierro. Wutra, el dios de los cielos, había retirado los chales de luz, envolviendo en nubes sus dominios. Quizás había perdido otra batalla.

Por debajo de esta oscura cortina, Freyr alcanzó el horizonte y al fin se hizo visible. Las nubes se desgarraron y revelaron al centinela, que fulguró en un escenario de cenizas doradas. Brillaba animosamente sobre la desierta inmensidad, pequeño y ardiente, con un disco que era apenas la tercera parte del disco de la estrella compañera, Batalix. Sin embargo, Freyr daba más luz.

Se hundió en el eddre del suelo y desapareció.

Era el tiempo de la media luz, que predominaba en el verano y en el otoño, y quizás lo único que diferenciaba esas estaciones de otras aún más crueles. La media luz difundía una borrosa penumbra en el cielo nocturno. Solo durante el Año Nuevo, Batalix y Freyr salían y se ponían juntos. Por el momento llevaban vidas solitarias, y se ocultaban frecuentemente detrás de las nubes, el humo fluctuante de las guerras de Wutra.

Observando cómo el día se convertía en media luz, Yuli previó que pronto llegarían las fuertes neviscas. Recordó una canción en antiguo olonets, la lengua de la magia, las cosas pasadas y las ruinas rojas; la lengua de las catástrofes, las bellas mujeres, los gigantes y los manjares; la lengua del ayer inaccesible. La canción se cantaba ahora en las estrechas cavernas de las Barreras:

*Entristecido, Wutra
echa a Freyr a rodar
y a nosotros al mar.*

Como en respuesta al cambio de luz, un estremecimiento general sacudió la masa de los yelks, que se detuvieron. Gruñendo, se acomodaron sobre el suelo pisoteado, metiendo las patas debajo del cuerpo. Para los enormes biyelks esta maniobra era imposible. Se durmieron donde estaban, con las orejas volcadas sobre los ojos. Algunos phagors se agruparon, buscando compañía, y otros se echaron con indiferencia al suelo y durmieron donde caían, con la espalda apoyada en el flanco de los yelks.

Todo dormía. Las dos figuras tendidas en el saliente de roca se echaron las pieles sobre las cabezas, y soñaron hambrientos, escondiendo el rostro entre los brazos replegados. Solo velaba la neblina de insectos que picaban y chupaban.

Los seres que eran capaces de soñar se debatían en los enmarañados espejismos de la media luz.

En general, el panorama falto de sombras y de un nivel constante de sufrimiento, podía parecerle a cualquiera que lo observara por primera vez no tanto un mundo como un sitio que aún no había sido formalmente creado.

En ese momento de quietud hubo en el cielo un movimiento apenas más enérgico que el despliegue de la aurora poco antes suspendida sobre la escena. Un childrim solitario vino desde el mar, atravesando el aire a pocos metros por encima de la masa postrada. Parecía ser solo una gran ala, roja como las brasas de un fuego agonizante, moviéndose con ritmo letárgico. Cuando pasó por encima de los yelks, las bestias se agitaron y jadearon. Sobrevoló la

roca donde estaban los dos humanos, y Yuli y su padre se agitaron y jadearon, como los yelks, viendo extrañas visiones en sueños. Luego la aparición se desvaneció, volando hacia las montañas del sur, dejando una estela de chispas rojas que morían en la atmósfera como reflejos de ellas mismas.

Un rato más tarde, los animales despertaron y se levantaron. Sacudiendo las orejas, que sangraban por las atenciones de los insectos, reiniciaron la marcha. Iban con ellos los biyelks y los gunnadus, dispersos aquí y allá. Y los phagors. Los dos humanos se incorporaron y vieron cómo se alejaban.

El gran avance continuó todo el día siguiente. Unas ráfagas furiosas cubrían de nieve los animales. Hacia la noche, cuando el viento impulsaba las desgarradas nubes por el cielo y en el frío había un filo sibilante, Alehaw avistó la retaguardia del rebaño.

No era tan compacta como la vanguardia. Los animales rezagados se extendían a lo largo de varias millas; algunos cojeaban, otros tosían penosamente. A un lado se arrastraban unos largos seres peludos, con el vientre pegado al suelo, que esperaban la oportunidad de morder una pata y derribar una víctima.

Los últimos phagors pasaron junto al saliente. Iban montados, ya fuera porque temían a los escurridizos carnívoros o porque la marcha era difícil sobre el suelo cubierto de desechos.

Alehaw se levantó entonces, indicando a su hijo que lo imitara. Se pusieron de pie, echando mano a las armas, y se deslizaron hacia el nivel inferior.

—Muy bien —dijo Alehaw.

La nieve estaba sembrada de animales muertos, sobre todo junto a las costas del Vark. Unos cuerpos ahogados taponaban la grieta del hielo. Las criaturas que habían tenido que echarse allí se habían congelado mientras descansaban y eran el núcleo rojo e irreconocible de unos grandes trozos de hielo.

Feliz de poder moverse, Yuli corrió, saltó y gritó. Lanzándose al río helado, se deslizó peligrosamente pisando el hielo roto, riendo y moviendo los brazos. El padre le ordenó vivamente que volviera.

Alehaw señaló algo entre los trozos de hielo. Unas sombras negras se movían, borrosamente visibles, definidas en parte por estelas de burbujas. Se abrían paso a través de la capa de hielo hasta el festín preparado para ellas, enrojeciendo el líquido turbio en que nadaban.

Otros depredadores venían por el aire: unas grandes aves se acercaban desde el este y el norte sombrío. Descendían aleteando pesadamente, y los ornados picos atravesaban el hielo hasta la carne sepultada. Mientras devoraban, clavaban en el cazador y en su hijo unos fríos ojos de ave.

Alehaw no perdió tiempo con ellas. Ordenándole a Yuli que lo siguiese, fue hacia el punto donde el rebaño había tropezado con los árboles caídos, gritando y blandiendo la lanza para asustar a las aves de presa. Allí los animales muertos eran fácilmente accesibles. Aunque habían sido pisoteados, una parte de la anatomía —el cráneo— estaba intacta. Solo de ella se ocupaba Alehaw. Abría las mandíbulas muertas con la hoja del cuchillo, y cortaba diestramente las lenguas gruesas. La sangre le fluía por las muñecas hasta la nieve.

Mientras tanto, Yuli trepaba a los árboles y arrancaba las ramas rotas. Junto a un tronco caído limpió de nieve el

suelo con los pies preparando un lugar protegido donde encender un pequeño fuego. Envolvió una rama aguzada en la cuerda del arco, y la hizo girar. La rama empezó a echar humo. Yuli sopló suavemente hasta que brotó una llamita como las que había visto muchas veces bajo el mágico aliento de Onesa. Cuando el fuego creció, puso encima la olla de bronce; la llenó de nieve y agregó sal de un bolso de cuero que traía entre las pieles. Todo estaba listo cuando apareció su padre con siete lenguas viscosas entre las manos y las dejó caer en la olla.

Cuatro para Alehaw, tres para Yuli. Comieron con gruñidos de satisfacción. Yuli esperaba que su padre lo mirase para sonreírle y mostrarle qué contento estaba, pero Alehaw comía con el ceño fruncido y los ojos fijos en el suelo pisoteado.

Aún había trabajo pendiente. Antes de terminar de comer, Alehaw se puso de pie y dispersó las brasas rojas a puntapiés. Las aves merodeadoras se elevaron un momento, y luego continuaron con su festín. Yuli vació la olla de bronce y la sujetó al cinturón.

Subieron casi hasta el punto donde el gran rebaño migratorio había alcanzado el límite occidental. En las tierras altas, los animales buscarían los líquenes debajo de la nieve, y pastarían los musgos verdes y altos en los lindes del bosque de alerces. En una meseta baja algunos animales terminarían la gestación y procrearían.

A la grisácea luz diurna, Alehaw y su hijo llegaron a una milla de esta meseta. Vieron a la distancia grupos de tres o más cazadores que se encaminaban hacia el mismo sitio; cada grupo ignoraba deliberadamente a los demás. Solo ellos no eran más que dos, observó Yuli. Así pagaban la des-

gracia de no provenir de la llanura sino de las Barreras. Para ellos todo era más difícil.

Caminaban, inclinados, cuesta arriba. El camino estaba sembrado de rocas, allí donde un antiguo mar se había retirado ante la invasión del frío; pero ellos nada sabían de ese asunto, ni les importaba. A Alehaw y a su hijo solo les importaba el presente.

Se quedaron al borde de la meseta, mirando hacia adelante, protegiéndose los ojos contra el aire helado. La mayor parte del rebaño había desaparecido. Los grupos aún en marcha solo habían dejado atrás un olor acre, y a los animales que se reproducían.

Entre estos predestinados individuos no solo había yelks, sino delicados gunnads y macizos biyelks. Tendidos en el suelo, cubrían una extensa zona, muertos o moribundos, a veces con los flancos estremecidos. Otro grupo de cazadores se acercaba entre los animales agonizantes. Gruñendo, Alehaw señaló a un lado, y marchó con su hijo hasta un monte de pinos, donde había unos pocos yelks. Yuli observó cómo Alehaw mataba a la bestia inerte, que ya se abría paso hacia el mundo gris de la eternidad.

Como su monstruoso primo, el biyelk, y como el gunnadu, el yelk era un necrógeno, que solo se reproducía al morir. Los animales eran hermafroditas, y a veces machos, y a veces hembras, demasiado toscos para contener los sistemas propios de los mamíferos, como el ovario o la matriz. Luego de la fecundación, el esperma se desarrollaba en el cálido interior en pequeñas formas larvales que crecían mientras devoraban el vientre materno.

En cierto momento, las larvas yelk llegaban a una arteria mayor. Entonces se esparcían como semillas al viento, y el

animal huésped no tardaba en morir. Esto ocurría invariablemente cuando los grandes rebaños llegaban a la meseta, el límite occidental de la tierra de los yelks. Así había ocurrido durante edades incontables.

Mientras Alehaw y Yuli estaban junto a la bestia, el estómago se desinfló como un bolso viejo. El animal movió la cabeza y murió. Alehaw clavó la lanza al modo ceremonial. Los dos hombres se dejaron caer de rodillas en la nieve y abrieron con los cuchillos el vientre del yelk.

Dentro estaban las larvas, no mayores que la uña de un dedo, a veces tan diminutas que era difícil verlas, pero de sabor delicioso y, además, muy nutritivas. Ayudarían a que Onesa se recuperase. Morían en contacto con el aire helado.

Liberadas de sí mismas, las larvas se desarrollaban bajo la piel del animal huésped. Dentro de ese pequeño universo oscuro, no vacilaban en devorarse unas a otras, y eran muchos los combates que se libraban en la aorta y en las arterias del mesenterio. Las sobrevivientes pasaban por sucesivas metamorfosis, creciendo en tamaño y disminuyendo en número. Finalmente, dos, o quizás tres yelks de rápidos movimientos emergían por la garganta o el ano y se enfrentaban al famélico mundo exterior. Esto ocurría justo a tiempo de evitar que los rebaños los pisotearan hasta la muerte mientras se reunían en la meseta para la migración de regreso, hacia la lejana Chalce, en el noreste.

Unos gruesos pilares de piedra salpicaban la meseta, entre los animales que morían y procreaban a la vez. Habían sido levantados por una raza anterior de hombres. En cada pilar había un sencillo dibujo labrado: un círculo, o una rueda, con un círculo menor en el centro. Desde el círculo menor partían hacia afuera dos radios curvos y opuestos.

Ninguno de los presentes en aquella meseta labrada por el océano, cazador o animal, prestaba la menor atención a esos pilares decorados.

Yuli estaba embelesado con la presa. Cortó tiras de piel y las entretejió haciendo un saco rústico en el que metió las larvas de yelk. Mientras tanto, el padre disecaba el cuerpo: todos los trozos eran útiles. Construiría un trineo con los huesos más largos, sujetándolos con tiras de cuero. Un par de cuernos haría las veces de patines y los ayudaría a empujar el pesado trineo de vuelta hasta la casa. Porque el pequeño vehículo iría cargado con apretados trozos de carne del lomo y las costillas de la bestia, cubierto todo con el resto de la piel.

Ambos trabajaban juntos, gruñendo por el esfuerzo, con las manos rojas y el aliento elevándose sobre ellos en una nubecilla, donde se reunían los mosquitos.

De repente, Alehaw lanzó un grito terrible, cayó hacia atrás e intentó echar a correr.

Yuli miró en torno, aterrorizado. Tres grandes phagors blancos habían salido de entre los pinos y estaban sobre ellos. Dos atacaron a Alehaw mientras se incorporaba y lo derribaron a palos sobre la nieve. El otro se precipitó contra Yuli, que gritó y rodó a un lado, eludiendo el golpe.

Habían olvidado por completo el riesgo de los phagors, y se habían descuidado. Mientras giraba, saltaba y evitaba el garrote, Yuli vio a los cazadores vecinos: se atareaban tranquilamente con un yelk moribundo, como él y su padre un momento antes. Tan decididos estaban en concluir su tarea, construir sus trineos y partir –tan próximos estaban a morir de inanición– que siguieron trabajando, de vez en cuando volviéndose apenas hacia la pelea. La historia habría sido

distinta si hubieran sido parientes de Alehaw y Yuli. Pero eran hombres de la llanura, extraños y hostiles. Yuli les gritó pidiendo ayuda, sin resultado. Uno de ellos arrojó a los phagors un hueso sanguinolento. Eso fue todo.

Esquivando los golpes, Yuli echó a correr, resbaló y cayó. El phagor aulló. Yuli quedó en una posición instintivamente defensiva, apoyado en una pierna. Cuando el phagor saltó sobre él, Yuli alzó el cuchillo por debajo del brazo y lo hundió en el ancho vientre del atacante. Vio con disgusto y asombro cómo el brazo desaparecía entre el duro pelaje hirsuto, que se cubría inmediatamente de sangre espesa y dorada. Luego, el cuerpo cayó y Yuli rodó por el suelo, alejándose del peligro, en busca de cualquier protección posible, hasta llegar jadeando al costillar del yelk muerto; desde allí miró el mundo que de pronto era un mundo inamistoso.

El phagor había caído al suelo. Ahora se incorporaba, con las enormes manos córneas apretadas contra la mancha dorada del vientre, dando unos pasos vacilantes, gritando: «Aoh, aoh, aohhh, aohhh». Cayó de cabeza y no volvió a moverse.

Más allá, Alehaw yacía tendido en la nieve; pero los dos phagors lo recogieron y uno de ellos lo cargó sobre los hombros. La pareja miró alrededor; vieron al compañero caído, cambiaron una mirada, gruñeron, volvieron la espalda a Yuli, y empezaron a alejarse.

Yuli se incorporó. Descubrió que las piernas le temblaban dentro de los pantalones de cuero. No sabía qué hacer. Aturdido, esquivó el cuerpo del phagor que él había matado —cómo se jactaría ante la madre y los tíos— y corrió hasta el lugar de la pelea. Recogió la lanza, titubeó, y recogió también la lanza de su padre. Luego se puso a seguir a los phagors.